

Aplausos para los muertos

No cabe la menor duda. En este país la muerte no puede ser tan terrible que en otros sitios. Lo veo en la tele casi todos los días. Cuando los edificios se caen – o sea por una explosión de gas o por causa de excavaciones que pretenden mejorar el servicio del metro – y se producen víctimas, sus familiares y vecinos salen en la tele y hablan maravillas del muerto y de esta manera se convierten en héroes por un instante.

En cambio ¡qué triste es la muerte en mi país!, callada i silenciada, sin la menor publicidad para el difunto.

Sin embargo, he observado que tampoco en España todo es oro que luce, y no todas las muertes son iguales. Morir como víctima de algo no es lo mismo que la muerte en el pasillo de un hospital, díganos por causa de un simple infarto o una infección profana que se habría podido curar fácilmente si hubiera tenido un médico disponible. Pero lo peor que le puede pasar a uno es morir tranquilamente en su casa. Con ello no hay posibilidad de alcanzar la fama.

Mucho más fashion son las víctimas de la violencia de género, que se suman a las víctimas del terrorismo de toda la vida y a las víctimas de otro tipo de desgracias para que todavía no tenemos nombre.(Pero no se preocupe, nos los inventaremos) Con la forma de morir uno tiene la oportunidad de convertirse en famoso. Es cierto, no carece de cierto toque trágico. Imaginémonos que durante toda tu vida te presentas a quizshows y castings de operación triunfo o cosas peores y nunca consigues a salir ni en el Hola. Y de repente se convierte en víctima de género y – pam – sale

Aplausos para los muertos

en todas las portadas y hasta en la tele hablan de tí (tanto en las noticias como en los programas del corazón). ¿No es magnífico?

La desigualdad existe en todas partes. No hay derecho. Hasta la muerte es injusta, es mentira que en la muerte somos iguales. Lo mejor que le puede pasar a uno – aplausos garantizados, estancia en el ranking y hasta un monumento con tu nombre– es ser matado en un atentado, al ser posible por ETA. Al Quaeda tampoco está mal, pero no es lo mismo ser matado por un basco que por un puto moro de los cojones. Hay matices, ya lo he dicho. Otro tipo de asesinato menos espectacular – y por lo tanto no tan popular y aplaudido – es ser atropellado por un coche en pleno centro de una ciudad por un famoso (esto le sube la fama al famoso, no a tí). Podemos decir que morir en un accidente de tráfico es casi tan cutre como morir en un accidente laboral y en el cementerio sólo se juntan tus familiares y los colegas del bar de la esquina.

Sin embargo, si te matan en un atentado de ETA estás en la jauja. Te aplauden en las calles y hasta se reúnen en la plaza delante del ayuntamiento con pancartas y las manos pintadas de blanco. Tu nombre está en la boca de todo el mundo y celebran el aniversario de tu muerte cada año.

Y luego no nos olvidemos del aplauso. Es lo que más me gusta. Aplaudir al muerto no tiene comparación a otros tipos de homenaje. A veces pienso que – a pesar de lo que diga Rajoy y su Ángel – el catolicismo está muy presente y muy vivo en este país que nada. Aplaudir a la muerte violenta es la esencia de dos mil años de fe, es la muestra definitiva que la reconquista fue un éxito total.

Lo que marca la diferencia entre un entierro normal y corriente y el de una difunta víctima que es el aplauso. ¡Qué espectáculo! Todo el pueblo y los vecinos del barrio bordeando las calles, dandote palmas, celebrando tu salida de este mundo. ¿No es emocionante? ¿No despierte en uno el deseo morir de una manera violenta para ser tan querido y respetado?

Debe ser terrible sufrir una muerte natural, por lo menos en España. Te mueres y enseguida pasan de tí. Tal vez por esta razón cada vez hay menos gente que muere de viejo en su lecho – excepto los dictadores pero estos ya se hicieron famosos en la vida y por lo tanto no cuentan aunque también son muy llorados en su entierro. Pero dejemos a lado las sutilezas.

Volvamos a un entierro de una víctima de verdad. Cuando pasa el ataúd, los vivos comienzan a aplaudir frenéticamente. Es como en un teatro cuando haya acabado la función y nadie se atreve reconocer que no ha entendido la obra. Por un momento dejan de hablar, se olvidan del cigarrillo, dejan de pensar en el coche mal aparcado, solo aplauden. Me gustaría saber ¿que piensan en estos momentos? No me atrevo preguntárselo. No quiero romper la solemnidad de estos instantes. Me limito observarlo desde lejos. No sé porque a pesar de mi admiración por el espectáculo me da escalofríos. Tal vez es porque no soy católica. Más de una vez me pregunté si a Jesús también le hubieran aplaudido en su camino al Golgatha, si la gente en vez de ser judía hubiese sido española. He llegado a la siguiente conclusión. No lo habrían hecho porque aun no estaba muerto cuando pasaba y entonces el concepto de la víctima todavía era distinto.

Aplausos para los muertos

Además, después, cuando finalmente se levantaba de su tumba, la mayoría de los espectadores ya se habían marchado. ¡Qué lástima! La ascensión al cielo sí que hubiera sido un verdadero espectáculo digno de aplausos.